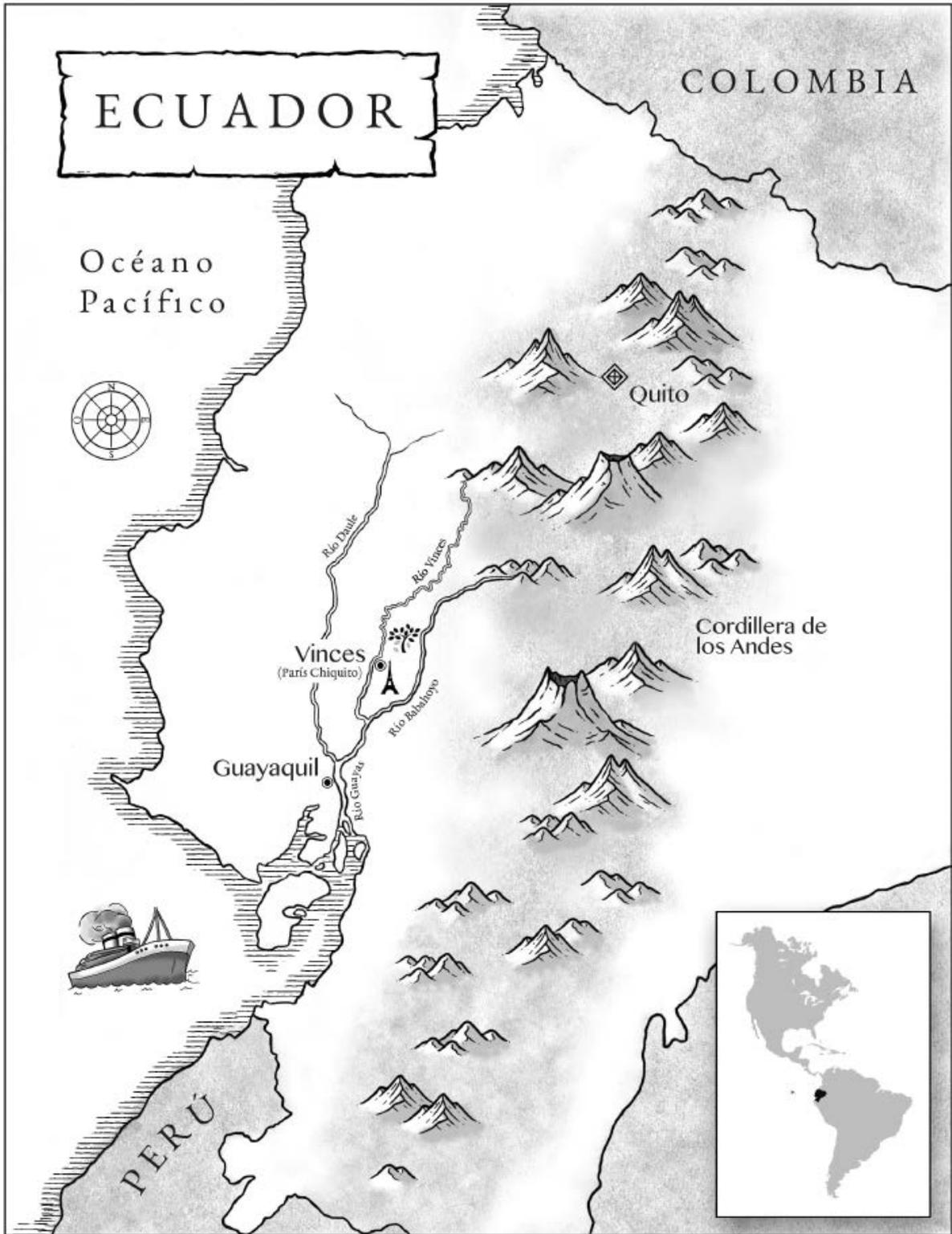


LORENA HUGHES

LA HIJA  
ESPAÑOLA

Libros de  
*seda*

*A Danny, Andy y Natalie,  
mis Pepas de Oro*



## CAPÍTULO 1

### **Puri**

*Guayaquil, Ecuador*  
*Abril, 1920*

Estaba segura de que cualquiera podía notar que se trataba de un disfraz.

Una gota de sudor me resbaló por la frente. Mi ropa no era ni mucho menos la más apropiada para aquel clima, que me recordaba a esos baños turcos que hay para caballeros. El corsé que me oprimía los pequeños senos no ayudaba a mejorar la situación, como tampoco lo hacían el chaleco, la americana y la pajarita de mi esposo. En cuanto a la barba postiza, me provocaba un picor insoportable. Con mucho gusto me hubiera rascado, pero cualquier movimiento podía provocar que se desprendiera. Y para colmo, las gafas se me estaban empañando, haciendo que lo viera todo borroso.

¿En qué momento se me había ocurrido que aquello podía funcionar?

Cuando llegué al final del muelle un estremecimiento me recorrió de la cabeza a los pies. «Tranquilízate. Puedes hacerlo». Inspiré hondo, pero tuve la sensación de que no me llegaba el aire suficiente a los pulmones. Eso sí, se me llenó la boca del hedor a humo y pescado que provenía del barco.

Aquello era una locura.

Una multitud esperaba a que descendiéramos la pasarela de madera. Algunos iban provistos de carteles. Otros saludaban con la mano desde la distancia a mis compañeros de viaje. Me imaginé a uno de ellos señalándome con cara de mofa.

«Aún estoy a tiempo de dar media vuelta».

Giré sobre los talones y me golpeé contra el hombro de alguien detrás de mí. Entre los gritos, la gente arrastrando los pies y el vaivén

de las maletas no había visto al joven que se abría paso a empujones hacia donde me encontraba. Me hice a un lado y me adelantó a toda prisa para acabar embistiendo a una anciana que caminaba despreocupada delante de nosotros. Cayó al suelo con un chillido.

—¡Bruto! —vociferó.

Me precipité hacia ella y la ayudé a levantarse. Sus brazos, huesudos y frágiles, me recordaron a un par de mondadientes.

—¿Se encuentra bien? —le pregunté con voz queda.

—Sí, creo que sí. —Agarró el sombrero, que estaba tirado en el suelo—. Ese hombre es un animal. En cualquier caso, gracias, caballero. Al menos todavía quedan hombres dignos de llamarse así.

La ironía de su comentario me hizo esbozar una sonrisa, pero, sobre todo, logró infundirme un poco de confianza en que mi disfraz estaba surtiendo el efecto deseado. Estaba a punto de preguntarle si quería que llamara a un médico cuando una mujer, más vieja que Matusalén, se nos acercó, ayudándose de un bastón de bambú que le servía para mantenerse erguida. Jamás había visto tantas manchas y arrugas en un mismo rostro.

—¡Hija! —exclamó, dirigiéndose a la mujer a la que acababa de ayudar.

—¡Mamá! —respondió la anciana al tiempo que se arrojaba a los brazos de su madre. Las dos tenían muchas cosas que decirse, y se marcharon sin dignarse siquiera a mirarme.

¡Ojalá mi madre hubiera estado allí para ayudarme en aquellos momentos tan complicados! Desgraciadamente, había fallecido tres años antes.

Y ahora, Cristóbal.

Sentí una fuerte opresión en la garganta.

Pero no podía derrumbarme en aquel momento. Ya estaba allí. Y tenía que seguir adelante con mis planes, pasara lo que pasase.

Una torre morisca de rayas amarillas y blancas asomaba por detrás de un mar de sombreros y palmeras. Aunque era más estrecha, me recordó a la Torre del Oro de mi Sevilla natal, y sentí como si un pedacito de mi vida anterior se presentara ante mis ojos para darme a entender que todo iba a salir bien.

Eso era lo que me decía la razón. Las piernas, por otro lado, me trasmitían algo muy diferente. Parecía que se hubieran vuelto de plomo. En cualquier momento alguien, cualquiera, podía atacarme. Pero no había forma de saber quién, ni tampoco de si sería capaz de reaccionar.

«Contrólate, Puri. Tienes que relajarte».

Paseé la mirada sobre los rostros desconocidos que me rodeaban. Sin duda, el abogado de mi padre se encontraba entre ellos, pero lo malo era que no tenía ni idea de su aspecto. Cargué la máquina de escribir de mi marido con una mano mientras arrastraba el baúl con la otra.

Por suerte, había regalado todos mis vestidos de noche, lo que significaba que, en lugar de viajar con tres baúles, solo tenía que hacerlo con uno. Conforme avanzaba por el puerto, me topé con varios de ellos en los cuerpos de otras pasajeras. El último, una prenda ajustada de tafetán rosa que mi madre había cosido para mí, se había disuelto como la espuma en un mar de ropa de cama y delicadas cortinas.

Una bandada de gaviotas nos sobrevoló entre graznidos. Pasé por delante de una hilera de canoas amarradas a lo largo del muelle y de un grupo de mujeres provistas de sombrillas para protegerse el rostro de aquel sol implacable. Detrás de ellas había un hombre vestido de negro que resaltaba entre las americanas y sombreros de color blanco, como una judía pinta en un cuenco de arroz. Sujetaba un cartel con mi nombre, escrito en letras negras y redondeadas.

*María Purificación de Lafont y Toledo.*

Lafont por mi padre, francés, Toledo por mi madre española. Me detuve delante de él.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor? —me preguntó.

«Señor». Otro pequeño respiro. Era más bajo que yo, pero yo siempre había sido alta para ser mujer. Su ancho cráneo me recordó a uno de aquellos humanos primitivos de los libros de arqueología de Cristóbal. Las cejas, gruesas y toscas, casi se tocaban entre sí.

Carraspeé para que mi voz adquiriera un tono más ronco.

—Soy Cristóbal de Balboa, el marido de María Purificación.

—Si hablaba despacio, lograba un registro de voz más grave.

—Tomás Aquilino, para servirle.

Había acertado. Era el abogado que me había comunicado por carta la muerte de mi padre. Echó un vistazo a mi espalda.

—¿Dónde está su esposa, señor? Tenía entendido que quería venir.

Una fuerte punzada me atravesó el pecho, y no tenía nada que ver con el corsé. Era el dolor que sentía cada vez que pensaba en lo que le había sucedido a Cristóbal. Estudié cada una de las arrugas de la frente de Aquilino, el brillo de sus ojos, las comisuras de sus labios resecos. ¿Podía fiarme de él?

Inspiré hondo.

—Desgraciadamente, mi esposa falleció a bordo del *Andes*.

La expresión horrorizada de Aquilino me pareció sincera.

—¡Dios mío santísimo! ¿Cómo?

Vacilé.

—Se contagió de la gripe española.

—¿Y no han puesto la nave en cuarentena?

—No —respondí, soltando el baúl—. Solo la contrajo un puñado de pasajeros, así que no fue necesario.

Se quedó mirándome sin decir nada. ¿Acaso sabía que estaba mintiendo? Nunca había sido una persona deshonesto, y detestaba tener que hacer aquello.

—¡Qué calamidad! —dijo finalmente—. Aquí no nos ha llegado ninguna noticia al respecto. Mi más sentido pésame, señor.

Asentí con la cabeza.

—Ayúdeme con el baúl, ¿quiere? —dije, haciendo que sonara como una orden, y no como si le estuviera pidiendo un favor. Los hombres no solicitaban, exigían.

Aquilino asió el otro extremo del baúl y juntos lo llevamos hasta el lado opuesto de la calle. Pesaba tanto como un toro moribundo, pero no podía permitir que el abogado se diera cuenta de lo débil que era. Para cuando llegamos al automóvil, estaba jadeando y una capa de sudor me cubría el rostro y las axilas. ¡No me extrañaba que los hombres sudaran todo el tiempo!

El abogado dejó caer su lado del baúl junto a un reluciente Ford negro, modelo T. No conocía a mucha gente de mi ciudad natal que fuera propietaria de un automóvil, y mucho menos de uno importado, y jamás habría imaginado que hubiera vehículos tan modernos en aquel lugar que Cristóbal denominaba «tierra de bárbaros». El tal Aquilino debía de ganarse bien la vida como abogado, o tal vez era de los que encontraban otros medios para ganar una fortuna. Favores aquí y allá, tal vez incluso un pellizco —una especie de comisión, por así decirlo— de la herencia de otra persona... O quizás él mismo provenía de una familia de posibles.

Yo solo había viajado en automóvil en un par de ocasiones. En mi Sevilla natal iba a todas partes caminando, pero cuando viajé a Madrid para encargarme de la patente caducada del invento de mi abuela, su fabuloso tostador de semillas de cacao, había ido en un vehículo similar a aquel, con la diferencia de que estos asientos me parecieron más mullidos. Aunque quizá se debía tan solo al agotamiento.

Mientras tiraba de una palanca situada junto al volante, Aquilino me informó de que, a menos que tuviera otros planes, pasaría la noche en su casa. Por la mañana partiríamos en dirección a Vines, para «ocuparnos del testamento de don Armand». Fue incapaz de mirarme a los ojos cuando pronunció esas palabras.

Recordé el contenido de la carta; la había leído tantas veces que casi la había memorizado. «Como uno de los beneficiarios, se le solicita que venga a Ecuador a tomar posesión de la parte correspondiente de la hacienda de su padre o, en su defecto, designe a un representante legal para que pueda vender o donar la propiedad en su nombre».

Uno de los beneficiarios.

Le había dado muchas vueltas a aquello. No tenía noticias de que mi padre hubiera tenido otros hijos, pero una nunca podía estar segura con los hombres. No me hubiera sorprendido demasiado que hubiera formado otra familia aquí. Al fin y al cabo, hacía veinticinco años que había abandonado a mi madre para perseguir su sueño de poseer una plantación de cacao en Ecuador. Era inevitable que hubiera encontrado a otra persona con quien compartir

cama. Y el incidente a bordo me había dejado bien claro que había alguien que no se alegraba especialmente de mi llegada. La cuestión era averiguar quién.

Durante el trayecto, Aquilino preguntó por la muerte de María Purificación, negando con la cabeza y chasqueando la lengua con evidente decepción. Era surrealista estar hablando sobre mi propia muerte, escuchar mi nombre repetido como si no estuviera presente. Quería gritar, clamar al cielo por lo injusto que era todo aquello. Quería pedir explicaciones en nombre de Cristóbal, pero en vez de eso le seguí el juego. Necesitaba hacerle creer que era mi marido.

Miré por la ventana. Guayaquil era muy diferente a como la había imaginado, y bastante más moderna que muchas ciudades de Andalucía. Dejamos atrás el río —el Guayas, me dijo— en dirección a un pintoresco vecindario junto a una colina, plagado de casas coloniales con los balcones y entradas rebosantes de macetas con flores. Aquilino me explicó que se llamaba Las Peñas, y la colina, Santa Ana. Las sinuosas calles adoquinadas me recordaron a los pueblecitos de cerca de Sevilla y, por primera vez desde que me había marchado, fui plenamente consciente de que quizá no regresaría jamás a mi país. Aún me resultó más doloroso pensar que Cristóbal nunca exploraría aquel nuevo lugar conmigo. Me miré la mano, que estaba vacía sin el calor de la suya.

Incompleta.

Nos detuvimos en una casa de color azul celeste, con una puerta de caoba, y entramos. Todo apuntaba a que Aquilino era soltero; en su salón no se apreciaba ni el más mínimo toque femenino. Ni flores, ni objetos de porcelana, ni mantelerías bordadas. En vez de eso, las paredes estaban decoradas con paisajes sin gracia, y había una escultura de tamaño real de un gran danés que parecía mirarme fijamente.

En ese momento se abrió una puerta situada en el otro extremo del salón: una joven con rizos de color canela hizo su aparición, secándose las manos en un delantal verde lima. Estaba envuelta en un vestido demasiado holgado.

—El almuerzo está servido, patrón —anunció con voz queda.

—Gracias, Mayra.

La mesa del comedor era exageradamente grande para una sola persona. Recorrí con la mirada los coloridos platos que nos aguardaban. La joven llamada Mayra nos había preparado lubina frita, arroz con calamares y una especie de plátano verde cocinado que ambos llamaron «patacones».

A lo largo de la última semana me había saltado varias comidas —había sido incapaz de probar bocado después de la pesadilla que había vivido en él—, pero ahora me moría de hambre.

Aquilino, con un gesto de la cabeza, me invitó a tomar asiento y ocupó la cabecera de la mesa mientras Mayra nos servía. A pesar de que tenía curiosidad por saber más cosas del abogado, no le pregunté nada. Me preocupaba que, si hablaba demasiado, descubriera mi secreto, de manera que me limité a abrir la boca lo menos posible, respondiendo a la criada con monosílabos, asintiendo a menudo con la cabeza y negando cuando lo consideraba oportuno. Mi actitud no pareció incomodar en lo más mínimo a Aquilino. Al igual que mi marido, era un hombre parco en palabras. También había adquirido la costumbre de toser con frecuencia para hacer que mi voz sonara más ronca.

—¿Se encuentra bien, señor Balboa?

Estupendo. Ahora el abogado pensaría que yo también había contraído la gripe.

—Sí.

Volví a concentrarme en mi plato. Era extraño, pero hacerme pasar por un hombre me proporcionaba una libertad de la que no había gozado jamás. Como mujer y propietaria de la única chocolatería de mi ciudad, mi papel siempre había sido el de anfitriona incansable. Mi principal tarea era que los invitados se sintieran a gusto y poner paz si se producía algún desacuerdo. A menudo me anticipaba a los deseos de los demás (¿Más vino? ¿Otro trozo de chocolate?) y me ocupaba de evitar los silencios incómodos. Pero aquel día era libre de disfrutar de la comida sin tener que mirar por encima del hombro para asegurarme de que todo el mundo tuviera el plato lleno.

—Espere a probar el dulce de higos de Mayra —dijo Aquilino—. Los arranca ella misma de la higuera del patio trasero.

Mayra colocó un cuenco ante mí. La boca se me hizo agua al ver los higos en conserva nadando en almíbar. Una loncha de queso blanco reposaba en el platillo de debajo.

—¿De qué está hecho este almíbar? —pregunté mientras saboreaba el jugo especiado, con cierto deje de canela.

—De panela —respondió Mayra.

Si encontraba la manera de mezclar aquello con chocolate, el triunfo estaba asegurado.

Tras devorar el postre, Aquilino me guio de vuelta al salón, me indicó un rígido sofá de terciopelo y se sentó frente a mí. Tomó la caja de los puros y me ofreció uno. Dudé. Siempre me había despertado la curiosidad aquel misterioso hábito masculino, pero no estaba segura de poder expulsar el humo como correspondía. En ocasiones, Cristóbal formaba unos círculos azulados de los que se sentía tremendamente orgulloso.

Al verme vacilar, las tupidas cejas de Aquilino se arquearon. Fumar era el rasgo fundamental que haría de mí un verdadero hombre, y tenía que pasar la prueba. Eché un vistazo al gran danés de la entrada; también él parecía estar esperando mi reacción. Agarré un grueso habano entre los dedos e, imitando la determinación con la que Aquilino apretaba los labios a su alrededor, lo encendí.

La primera bocanada me abrasó el pecho como una llamarada. Aquilino me miró como si fuera un insecto curioso cuando empecé a toser de manera incesante, golpeándome repetidamente el pecho con la mano para intentar liberarme de aquel infierno.

—¿No fuma usted, señor Balboa?

—Solo en pipa —acerté a responder entre jadeos—. En mi país el tabaco es más puro.

No tenía ni idea de por qué había dicho eso. Había oído hablar a los hombres sobre la calidad y la pureza del tabaco, pero, para mí, todos apestaban exactamente igual.

Aquilino encendió su puro. No tuvo ningún problema en inhalar o exhalar.

—Tengo que preguntarle algo, señor —dijo, con el tono solemne con el que habría hablado un cura—. ¿Cuáles son sus planes ahora que su mujer, que en paz descansa, ya no está con nosotros?

Tenía que andarme con pies de plomo. No quería que nadie me viese como una amenaza.

—Probablemente regresaré a España. No tengo ningún interés en este país, ni en el negocio del cacao. Para serle totalmente sincero, ese era el sueño de mi esposa, no el mío. —La quemazón de la garganta había conferido a mi voz una aspereza natural que decidí utilizar en mi propio beneficio—. Necesito saber una cosa, señor Aquilino: ¿existen otros herederos?

—Solo dos. Don Armand tuvo dos hijas en Vines: Angélica y Catalina de Lafont.

Dos hermanas.

Recibí la noticia como una bofetada. Una cosa era tener una sospecha, considerar una posibilidad; otra muy diferente era recibir la confirmación de que, efectivamente, existían auténticos parientes de sangre. Mi padre nos había traicionado a mi madre y a mí. Había criado a dos hijas, a las que probablemente había querido más que a mí, mientras yo había pasado décadas esperando que regresara a España. Pero ahora me daba cuenta de que nunca tuvo intención de volver. Había rehecho su vida sin nosotras, desechándonos como un periódico viejo. ¡Qué idiota había sido escribiéndole todas aquellas cartas, pasando tantas horas sentada junto a la ventana dibujando su retrato! En mi inocencia infantil, siempre había esperado que entrara de pronto por la puerta principal, cargado de regalos, y me llevara con él a una de sus aventuras.

—Angélica es la mayor —aclaró—. Bueno, en realidad también hay un hermano, pero renunció a la herencia.

¡También un hermano! ¿Y, además, había renunciado a la fortuna?

—Es sacerdote. —Aquilino contempló su habano con gesto de aprobación—. Hizo voto de pobreza.

Un sacerdote. Mi padre nunca había sido un hombre religioso, al menos según lo que contaba mi madre. Entonces, ¿cómo era posible que hubiera tenido un hijo sacerdote? Yo misma tenía muchas dudas al respecto, aunque eso era algo que jamás diría en voz alta. En cualquier caso, si era cierto que este hermano había

renunciado al dinero de mi padre, ¿se había tratado de un voto voluntario o le habían obligado?

—¿Y qué hay de la madre? ¿Ella también es heredera?

—No, doña Gloria Álvarez falleció hace unos años, pero ya le pondré al tanto de los detalles mañana.

Mi padre nos había ocultado muchas cosas. El dolor que aquello me produjo era aún peor que el de la noticia de su muerte. Menos mal que mi madre no había vivido para enterarse de todo aquello. Otra mujer, otra familia. ¿De veras pensaba que podía remediarlo dejándome una parte de sus propiedades? ¿De qué me serviría, cuando nunca lo había tenido a él? Nunca sabría cómo sonaba su voz o qué colonia usaba; jamás sentiría el calor de sus abrazos.

Un golpetazo contra la ventana nos sobresaltó a ambos. Llegamos junto al cristal a tiempo para ver un pájaro moteado despanzurrado sobre los guijarros del exterior de la casa.

—Un gavián —dijo Aquilino.

Me quedé en silencio, incapaz de apartar la mirada del ave moribunda.

—El pobre animal no ha debido ver el cristal —prosiguió—. No sabía dónde se metía al venir aquí.

## CAPÍTULO 2

### *Dos semanas antes*

Después de una semana a bordo del *Valbanera*, llegamos por fin a La Habana: fue mi primer contacto con el continente americano, con sus edificios coloniales, sus estrechas callejuelas y sus fascinantes playas. Pero no tuvimos tiempo de visitar la ciudad, porque casi inmediatamente después debíamos embarcar en la siguiente nave, el *Andes*, un navío británico tres veces mayor que el *Valbanera*. En cualquier caso, Cristóbal tampoco habría accedido a hacer turismo conmigo. Se había pasado toda la semana encerrado en nuestro camarote, escribiendo a máquina.

El oficinista del mostrador de admisiones estaba totalmente calvo y tenía la cabeza llena de lunares, como si fuera un mango cubierto de manchas.

—¿Su nombre, caballero? —preguntó.

—Cristóbal de Balboa. Y esta es mi esposa, María Purificación de Lafont y Toledo.

Cristóbal tamborileó repetidamente con los dedos sobre el mostrador mientras el oficinista anotaba nuestros nombres sobre el papel como si no hubiera docenas de pasajeros haciendo cola detrás de nosotros. A Cristóbal le costaba soportar la incompetencia, un rasgo de su carácter que nunca había comprendido del todo, puesto que era una persona de un temperamento tranquilo y siempre evitaba el conflicto. Solía expresar la frustración mediante toda clase de tics: daba golpecitos con el pie, se rascaba la nuca, se aflojaba la corbata, se mordía las uñas de manera obsesiva. Era como si su cuerpo expresara lo que su voz no era capaz de comunicar.

—Purificación —repitió lentamente el oficinista—. ¿Con «c» o con «s»?

—Con «c» —respondió Cristóbal bruscamente.

Mi esposo no era consciente de sus numerosas manías, y tampoco del efecto que tenía en los demás, en especial en las mujeres. Nunca se había percatado de cómo nuestras clientas se quedaban mirándolo fijamente o se ahuecaban el pelo mientras les tomaba nota o les entregaba una taza de chocolate caliente. Podía entender su fascinación por él. Cristóbal tenía ya treinta y cuatro años, pero cuidaba su aspecto y su higiene personal. Siempre llevaba la barba recortada y el nudo de la corbata bien derecho. Pero, sobre todo, era atento y amable, y tenía un aire distante que hacía que las mujeres se sintieran cómodas en su presencia. No podía negar que era afortunada de que mi madre no me hubiera buscado como marido a un hombre gordo y viejo. Nuestro problema nunca había sido la atracción mutua.

Cristóbal se volvió hacia mí y dejó escapar un suspiro.

Nuestro problema era la afinidad.

Mientras mi marido deletreaba mis apellidos al oficinista, tuve la sensación de que alguien me estaba observando. Volví la cabeza, intentando ser lo más discreta posible.

Apoyado en una gruesa columna había un hombre observándome atentamente. En cuanto lo miré, apartó la vista. Había algo extraño en su rostro, pero no pude averiguar de qué se trataba.

—Aquí tienen el itinerario. —El oficinista entregó a Cristóbal un papel escrito a mano—. Su camarote es el número 130D.

Cristóbal le arrebató las llaves antes de que pudiera terminar la frase. El hombre apoyado en la columna se encendió un cigarrillo. Aquella distracción me permitió estudiarlo con detenimiento.

Tenía la mitad del rostro quemado.

Y la piel endurecida y arrugada desde la ceja y la mejilla hasta la mandíbula. El otro lado de la cara, en cambio, lo tenía intacto. Incluso se podía decir que tenía cierto atractivo.

Por un instante nuestras miradas se cruzaron. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal, pero lo atribuí a mi fina blusa de georgette rosa. Aun así, no podía negar que había algo inquietante.

tante en él. Me agarré al brazo de Cristóbal, fingiendo contemplar la marina que colgaba de la pared, sobre la cabeza de aquel hombre.

—¿Lista, Puri? —Cristóbal agarró su máquina de escribir.

—Sí, mi alma.

El botones nos siguió con nuestros baúles.

Durante los siguientes dos días no volví a ver a aquel hombre, pero al llegar al tercero me topé con él cuando salía de mi camarote. Me saludó tocándose levemente el ala del sombrero y continuó su camino sin más contemplaciones. Su olor me resultaba familiar, pero no era capaz de identificarlo.

Pensé en comentárselo a Cristóbal, pero para cuando mi marido hubo salido del camarote y cerrado la puerta tras de sí, el hombre ya había doblado la esquina.

De camino a la cena, escuchamos el sonido melodioso de un acordeón y una pandereta que provenía de uno de los salones. A través de una ventana divisé un espectáculo de variedades.

—¡Oh! ¿Podemos entrar? —le pregunté a mi marido con voz suplicante—. ¡Puede que haya un mago!

—Puri, estoy molido. Mejor vayamos a cenar y volvamos luego a nuestro camarote.

Me agarré con fuerza a su brazo.

—¡Por favor! ¡Solo esta vez! —dije, arrastrando a Cristóbal y sus rígidas piernas al interior del salón.

La *troupe* estaba compuesta de tres hombres vestidos con brillantes trajes de color rojo. Uno de ellos estaba subido en un monociclo y lucía un sombrero de copa y un bigote imperial. Su capa negra ondeaba con la fría corriente que penetraba por la puerta abierta. Otro, vestido de arlequín, caminaba entre los espectadores, subido a unos zancos y sembrando el pánico entre los niños al fingir, más de una vez, que estaba a punto de caerse encima de ellos. El tercero, que llevaba una fina perilla, era la estrella indiscutible del espectáculo. Durante los siguientes quince minutos tragó cuchillos y bolas de fuego y se encargó de presentar a Marina La Grande, una mujer musculosa con el pelo recogido en un tirante moño que estaba a punto de caminar sobre una cuerda floja.

Cristóbal se inclinó hacia mí y me susurró:

—Oye, se me ha pasado el hambre. Vete tú a cenar y nos vemos en el camarote cuando hayas terminado.

—¡Pero esta noche hay baile!

Tras pasear la mirada por la sala, mi marido me agarró por el codo y me sacó del salón.

—Ya he perdido veinte minutos con esto.

—¿Que has perdido veinte minutos? ¿Es así como llamas a pasar tiempo conmigo?

—Fuiste tú quien me sugirió que escribiera la novela durante el viaje.

—Sí, pero ¿es lo único que piensas hacer, Cristóbal? ¿Pasarte día y noche con la novela? Apenas pruebas bocado y, cuando finalmente comes algo, lo haces con prisas. Me he pasado todo el viaje sola.

Él se encogió de hombros.

—No lo puedo evitar. Cuando me siento inspirado...

—¿Y yo no te inspiro? No me has tocado desde hace...

Una mujer con un abrigo de visón se nos quedó mirando.

Cristóbal empezó a toser y las mejillas se le tornaron de un intenso color carmesí.

—No creo que este sea precisamente el lugar más apropiado para hablar de eso.

Había dos parejas cerca. A mí no me importaba que nos oyeran. De hecho, casi lo prefería. Tal vez su presencia consiguiera animar a Cristóbal a quedarse, aunque solo fuera por evitar un escándalo. Además, estaba cansada de evitar siempre las cuestiones que le hacían sentir incómodo. Me molestaba que nunca mencionara mi último embarazo fallido —el tercero hasta entonces—, y que se comportara como si jamás hubiera sucedido. Como si nuestro bebé no hubiera existido.

—Ya estoy haciendo lo que querías, ¿no? —protestó.

En eso tenía razón. Había sido yo la que había insistido en que vendiéramos todas nuestras propiedades en España, incluida mi amada chocolatería, y que me acompañara a Ecuador a reclamar mi herencia, aun sin saber qué bienes me correspondían. Había

recurrido a todas las tácticas de que disponía: los terribles efectos de la guerra que había assolado Europa, las importantes pérdidas económicas que había sufrido nuestro negocio, y mi último recurso: el hecho de que aquel viaje sería la oportunidad perfecta para que escribiera la novela con la que llevaba soñando toda su vida. Pero, en lugar de dejarlo estar, le presioné aún más.

—Sí, pero haces que parezca que esto es solo en mi propio beneficio. —Ya no era capaz de controlar el volumen de mi voz—. ¡Lo hago por nosotros!

—¿Y por qué no podías contentarte con lo que teníamos? ¿Por qué necesitabas más?

—¿Lo dices en serio? ¿Qué querías que hiciera con mi herencia? ¿Regalarla? Perdóname por preocuparme por nuestro bienestar; por querer que dejáramos aquel piso diminuto para mudarnos a una espléndida plantación en uno de los principales países exportadores del mundo.

—No empieces otra vez con eso. Lo sé todo sobre la plantación. No has hablado de otra cosa desde que recibimos la maldita carta. Eres igual que tu padre: te ciega la ambición.

—Ni siquiera conociste a mi padre. ¡Ni yo misma lo recuerdo apenas!

—Es lo que decía tu madre.

Tampoco me apetecía oír hablar de mi madre. Aquel viaje había provocado que la echara todavía más de menos. Pensaba en ella a diario.

—Mira, Puri —dijo Cristóbal, bajando la voz—, no quiero discutir contigo. No aquí. Te prometo que te haré más caso después, pero, por ahora, sé buena y deja que vuelva a trabajar en la novela.

Me dio un beso en la frente, como si fuera una niña de cuatro años que estuviera teniendo una rabieta.

Di un paso atrás.

—¡No me toques!

Había pasado una hora arreglándome el pelo, castaño, retocándome el rostro con polvos de arroz y eligiendo un vestido de lentejuelas color lavanda que dejaba al descubierto toda la espalda.

¿Y aquella era la respuesta de mi marido? ¿Un beso fraternal? Si no me miraba ahora que tenía veintiocho años, ¿qué pasaría después de los treinta?

—Hablaemos de esto más tarde —dijo Cristóbal entre dientes, al ver que más gente se volvía para mirar—. Cuando estés más calmada.

—No. Lo vamos a hablar ahora.

Dejó escapar un suspiro de exasperación.

—Estás siendo muy poco razonable, Puri.

«¡Muy poco razonable!». No me sentía capaz ni de elaborar una respuesta. Si lo intentaba, lo más probable era que acabara insultándolo. Me di la vuelta y abandoné el vestíbulo como una exhalación, lejos de aquel hombre que tenía la habilidad de sacarme de mis casillas como ninguna otra persona en el mundo.

Subí las escaleras que conducían a la cubierta y seguí hacia delante a toda prisa, sin volver la vista. No quería que Cristóbal me viera llorar. Respiraba de forma entrecortada, mientras la helada brisa me golpeaba las mejillas y la luna creciente relucía por encima de mí. Me agarré con fuerza al pasamanos de borda situado al fondo de la nave.

«Muy poco razonable», había dicho.

Las aguas oscuras golpeaban con fuerza contra el casco. El mar podía resultar muy intimidatorio. Poco a poco, conforme concentraba la mirada en el movimiento hipnótico de las olas, mi respiración se volvió más pausada.

Tal vez estaba siendo un poco tozuda. Normalmente no dependía tanto de Cristóbal. De hecho, en Sevilla contaba con muchas amigas con las que entretenerme; no necesitaba sus atenciones constantes. Pero allí no tenía a nadie. Me había pasado una semana sola, y estaba nerviosa por lo que me esperaba en Ecuador. Necesitaba que me tranquilizara, que me asegurara que todo iba a salir bien. ¿Había cometido un error desprendiéndome de todo lo que tenía para perseguir un sueño? ¿El sueño de mi padre?

¡Ojalá Cristóbal y yo no fuéramos tan diferentes! Mientras él era capaz de pasar el resto de sus días felizmente inmerso en sus libros, yo no conseguía permanecer sentada más de cinco minutos.

Al principio de nuestro matrimonio, no soportaba las tardes interminables haciendo punto de cruz o zurciendo calcetines mientras escuchaba el tic-tac del reloj que marcaba las largas horas que faltaban para la cena. Las paredes de nuestro piso me asfixiaban, y el chocolate había sido mi salvación. Desde que era niña, mi abuela, de la que había heredado el nombre, me había enseñado todo lo que hacía falta saber sobre el chocolate. Desde cómo transformar las duras semillas de cacao en un líquido terso y sedoso, hasta qué ingredientes era necesario mezclar para crear una variedad de texturas y sabores que resultaran al mismo tiempo placenteros y adictivos.

Había sido idea mía transformar la vieja librería, que había pertenecido primero al abuelo y luego al padre de Cristóbal, en una chocolatería. Era algo de lo más moderno, y aportaría distinción al vecindario, le dije. Y la gente pagaría por mis bebidas chocolateadas y por las trufas. Después de todo, las chocolaterías eran la última moda en Francia, y mis conciudadanos se morían por obtener algo del prestigio y el estatus de los franceses.

Cristóbal había terminado por acceder, pero, con el tiempo, se había vuelto cada vez menos indulgente.

Una brisa cálida me acarició la nuca.

De repente, no podía respirar.

Me llevé las manos a la garganta, donde sentía una presión insostenible, y noté que me rodeaban el cuello con una gruesa cuerda. Ni siquiera tenía aire suficiente para gritar.

—Chsss, María —me susurró al oído una voz masculina—. Pronto se acabará todo.

¿Quién era ese hombre? ¿Cómo sabía mi nombre de pila? Con las manos temblorosas, palpé dos puños que sujetaban la soga. Las manos de aquel individuo eran anchas y callosas, mucho más grandes que las de Cristóbal.

«¡Cristóbal! ¡Socorro!»

De mi boca no salió ningún sonido. Ladeé la cabeza: era el hombre de la cara quemada. El dolor del cuello era atroz. No podía respirar.

—¡Eh! ¿Qué está pasando ahí?

Hubiera jurado que era la voz de Cristóbal, pero tal vez me lo estaba imaginando, deseando que lo fuera.

Mi agresor desplazó ligeramente el peso del cuerpo y logré introducir los pulgares entre la soga y mi tráquea. La presión cedió un poco, pero no lo suficiente.

Alguien se acercaba.

Con todas mis fuerzas, clavé el tacón del zapato en la espinilla de aquel tipo. La cuerda se aflojó lentamente y por fin pude recuperar un poco el aliento. Acto seguido, la soga cayó al suelo. Empecé a toser y a jadear, y vi a dos hombres peleando detrás de mí.

Alcancé a distinguir el traje marrón de mi marido. Las gafas le habían resbalado hasta la punta de la nariz, y estaban a punto de caérsele. El brazo de Cristóbal rodeaba el cuello del desconocido, pero mi agresor se retorció hasta que ambos acabaron cayendo al suelo como un fardo.

A pesar de que deseaba con todas mis fuerzas ayudar a Cristóbal, no podía parar de toser.

El hombre de la cara quemada fue el primero en ponerse en pie; se sacó un cuchillo de la bota. Cristóbal se levantó, flexionando el cuerpo hacia delante. Nunca lo había visto así; no lo creía capaz de pelearse con nadie. Era el tipo de persona que no pensaba que estuviera en su mano decidir si un insecto debía seguir o no con vida, y mucho menos un ser humano.

El hombre arremetió contra él, cuchillo en mano, y le desgarró la americana. Cristóbal se llevó la mano a la herida del brazo y la sangre comenzó a brotar por entre sus dedos. Con un alarido furioso, se abalanzó sobre mi agresor y lo tiró al suelo. El cuchillo salió despedido, pero no pude ver dónde cayó.

Con un dolor lacerante en la garganta, me puse a buscar el cuchillo como una loca, pero lo único que encontré fueron las gafas de mi marido. Al final conseguí expeler un sonido ronco.

—¡Socorro...!

El volumen de la música y de las risas del interior de la nave era tan alto que nadie pareció oír mis súplicas. Los dos volvían a revolcarse por el suelo, y el cuerpo de Cristóbal chocó con fuerza contra la barandilla.

Miré a mi alrededor, buscando algo con lo que golpear al hombre. Había un bote salvavidas suspendido con cuerdas no muy lejos de donde estábamos. Me aproximé, tambaleante, y me encaramé a la borda para agarrar la parte interna del salvavidas. Después de otro fuerte ataque de tos, agarré un remo con ambas manos y volví de un salto a la cubierta.

Cristóbal se encontraba ahora a muy poca distancia del borde de la nave. Al verlo ahí, tan cerca de acabar precipitándose en la inmensidad del océano, el estómago me dio un vuelco. De alguna manera, mi asaltante se las había arreglado para recuperar el cuchillo y estaba de pie frente a mi marido, intentando clavárselo. Lo único que se interponía entre ellos era la barandilla. Cristóbal esquivó la punta del cuchillo, agarrándose a la barandilla de metal.

Alcé el remo para golpear al hombre, pero estaba demasiado cerca de Cristóbal, y no quería hacerle daño accidentalmente. Le indiqué un hueco en la barandilla.

—¡Cristóbal! ¡Aquí!

Mi marido echó un vistazo a la abertura, pero, antes de que pudiera acercarse ni un centímetro a ella, el hombre le clavó el cuchillo en el estómago.

—¡Nooo! —grité, abatiendo el remo sobre la cabeza de aquel desgraciado.

El hombre se desplomó sobre la barandilla, inconsciente, y acabó cayendo al agua. Cristóbal se llevó las manos al mango del cuchillo, que en aquel momento estaba hundido en su abdomen. Tenía los ojos tan abiertos que apenas podía reconocer sus familiares rasgos en aquel rostro demudado por el miedo y la agonía.

—¡Cristóbal! —Corrí hacia él, alargando la mano para retenerlo, pero justo entonces una ola golpeó el casco del barco; mi esposo perdió el equilibrio y cayó al mar, justo detrás del atacante.

Grité con tal fuerza que sentí como si me hubiera rasgado las cuerdas vocales. Tardaría mucho tiempo en poder hablar de nuevo sin sentir un inmenso dolor.